



EVARISTO MARTIN NIETO

VÍA-CRUCIS DEL MARGINADO

Este es el Vía-Crucis de Jesucristo, el automarginado y el marginado, que murió en una cruz antes de tiempo y fuera de la ciudad, como mueren cada día tantos seres humanos, víctimas de la pobreza y de la marginación.

1.- Jesús condenado a muerte

A Jesús se le hizo un juicio sumarísimo, sin las debidas garantías procesales. Contra él se dictó la sentencia más injusta de la historia, paradigma de tantas sentencias injustas, salidas de los tribunales de justicia, que en estos casos lo es de la injusticia, contra los más débiles y los más indefensos, los que siempre pierden: Jesús fue condenado para salvarnos, para liberarnos de la condena eterna, para salvar a la humanidad llena de delitos. Lo condenan por hacerse igual a Dios, pero también por revolucionario, por denunciar tanta injusticia. Jesús murió joven, murió antes de tiempo, como esos veinte mil seres humanos, a los que condenamos a morir de hambre cada día los que estamos hartos de comer. Un cristiano no condena a nadie y está comprometido con la salvación de todos.

2.- Jesús cargado con la cruz

Jesús carga con su patíbulo camino del calvario. Cargó también con nuestras cruces y con nuestros delitos. El inocente se hizo el maldito para expiar en su persona el pecado de todos los mortales. Los pobres, los marginados y los excluidos sufren también en su persona las consecuencias

trágicas de tantos pecados sociales, de tantas injusticias como hay en el mundo. La señal del cristiano es una cruz. La cruz que hay que aceptar y en la que la vida de cada una está crucificada. Vivir sin cruz es un imposible y revelarse contra la cruz es una insensatez y una desgracia, una falta de fe, pues la cruz es un regalo precioso del Señor que nos asemeja más a él.

3.- Jesús cae por primera vez

Jesús cae bajo el peso de la cruz y cae también aplastado por las leyes injustas que él denunció con valentía y con coraje. Todos caemos bajo el peso de nuestros pecados, de nuestros desvaríos, de nuestras torpezas y de nuestros errores. Los pobres, los más débiles, caen bajo el peso insoportable de la marginación, de la injusticia, de la exclusión y del abandono en que los tenemos humillados. En nuestra vida nos encontramos con muchos caídos a la vera del camino, de los que pasamos de largo, mirando hacia otro lado, sin pararnos a prestarles nuestra ayuda, como hizo el buen samaritano y como nos obliga a hacer el mandamiento de Jesucristo, el mandamiento del amor fraterno,

4.- Jesús encuentra a su madre

La Virgen sale al encuentro de Jesús para envolverle en amor, para hacer todavía más suya la aflicción de su hijo querido, para sufrir con él. Las madres no fallan nunca. La Virgen lleva el corazón atravesado por siete espadas cruzadas, el colmo del sufrimiento, el dolor consumado. Es la mujer de dolores, “La Dolorosa“, la mujer que más ha sufrido en el mundo, porque esas siete espadas son las mismas que

lleva su hijo, el símbolo de todos los dolores. En su corazón de madre se hundían todas las espadas del mundo, transformadas en cruces, pues, en definitiva, y según como se mire, la espada es también una cruz. Que todas las espadas se hagan cruces, miles y miles de cruces clavadas por todos los caminos y las encrucijadas, como señal de que el Hijo de Dios murió para salvarnos a todos y para que todos nos amemos como hermanos,

5.- El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz

Jesucristo, tras tres días y tres noches de torturas, sometido a vejaciones y desprecios, no tiene fuerzas para llegar, con la cruz a cuestas, al lugar del suplicio. Simón de Cirene tuvo el privilegio de ayudarlo a llevar el insoportable peso del madero en el que descansaba el peso ingente de todos los pecados del mundo. Un cristiano hace causa común con todos los condenados a morir crucificados y los ayuda a llevar la cruz. No puede ser un espectador indiferente ante la inacabable procesión de tantos Cristos camino del calvario, el camino de la victimación, de su muerte cruel antes de tiempo. Millones de seres humanos que mueren de miseria y de hambre, millones de personas desplazadas que vagan exánimes por sendas sin salida, por caminos que no van a ningún sitio. Un cristiano se ofrece generoso a ser el cirineo de tantos desvalidos.

6.- La Verónica limpia el rostro de Jesús

La Verónica limpia el rostro desfigurado de Jesús, lleno de sudor, de salivazos y de sangre y Jesús deja impresa en el paño su “santa faz”. Los pobres y los marginados son el

verdadero rostro de Cristo. Cuando nos acercamos a ellos con compasión, con veneración y con respeto, nos regalan el auténtico rostro de Cristo. Y con este regalo, mil veces más valioso que lo poco que nosotros podamos ofrecerles, nos devuelven, a cambio, nuestra verdadera imagen que tenemos olvidada o que hemos transformado con el acicalamiento de nuestro egoísmo y de nuestra insolidaridad. La atención a los pobres, el continuo contacto con ellos, nos va poco a poco convirtiendo en Cristos, en Verónicas (“vere-icón”, verdadera imagen), porque ellos son un sacramento vivo de la presencialidad de Cristo en el mundo.

7.- Jesús cae por segunda vez

Jesucristo no vino a ser servido, vino a servir. En la última cena cayó de rodillas, se hizo esclavo, al lavar los pies a sus discípulos. Y eso es el cristiano, un esclavo en servicio constante a los hermanos, un expropiado para utilidad pública, disponible siempre. Nosotros, por el contrario, hemos expropiado a los pobres de sus derechos, los hemos expoliado, los hemos condenado a vivir de rodillas, postrados en el suelo, con la mano extendida pidiendo limosna. El cristiano auténtico, el que se ha tomado en serio el evangelio de Jesús, es un gran defensor de los pobres, de los derechos humanos que no son otra cosa que los derechos de los pobres; ayuda a salir de la humillante postración, en que se encuentran, a tantos oprimidos y explotados como hay en el mundo, sabedor del riesgo a que se expone, pues todos los redentores suelen terminar crucificados.

8.- Jesús exhorta a las mujeres de Jerusalén

Los discípulos, llenos de miedo, abandonaron a Jesús. Pero las discípulas siguieron junto a él hasta el calvario. Van tras él, van junto a él, regando con lágrimas el camino que él va regando con sangre. Y Jesús les dijo: "No lloréis por mí, llorad por vuestros hijos", Y las Madres no han dejado de llorar por sus hijos. Ríos de lágrimas que corren sin cesar y por doquier por tantos hijos víctimas de la marginación y del desempleo, del alcoholismo y de la droga. Pero por Jesús no hay que llorar, hay que seguir sus pasos cargados también con nuestra cruz. Lo dijo él: "El que quiera ser discípulo mío, que cargue con su cruz y que me siga". A Jesús, no hay que compadecerle, hay que amarle y hay que seguirle hasta el final, hasta morir con él para luego resucitar igual que él.

9.- Jesús cae por tercera vez

Jesús cae porque sus fuerzas están agotadas. Nosotros caemos por la fuerza del pecado. Pero no es lo malo caer, aunque ya es malo, sino permanecer caídos. Santos no son los que nunca cayeron, sino los que siempre se levantaron. El santo cae siete veces cada día, pero otras tantas veces se levanta cada día. Un cristiano se mueve con generosidad, incluso en la frontera del pecado, para intentar levantar a los caídos hasta con el peligro de caer él mismo en el pecado. Pero nunca tiene miedo, porque cuenta con la ayuda de Dios en la hermosa tarea de evangelizar a los perdidos, a los alejados. Y, en último término, tras el pecado viene el perdón y tras el perdón, llega el amor. A más pecado, más perdón y a más perdón, más amor. Y cuanto mayor sea el amor, mayor será la santidad. ¡Oh feliz culpa!

10.- Jesús despojado de sus vestiduras

Jesús murió como el pobre más pobre, desnudo. Nació también pobre, en una cuadra. Y vivió como un pobre de solemnidad, sin tener donde reclinar la cabeza. Vino a evangelizar a los pobres. Los pobres eran sus amigos, tan amigos eran, que hasta se identificó con ellos. Fundó una Iglesia pobre, de los pobres y para los pobres. A la hora de su muerte nos dijo: “Si queréis estar conmigo, debéis estar siempre con los pobres”. A Jesucristo hay que buscarle donde está, y está en los pobres, en los que andan medio desnudos por el mundo o cubiertos con andrajos, porque los hemos despojado de sus vestiduras, dejándolos en cueros y sin nada, mientras nuestros armarios están llenos de trajes y vestidos, que a nosotros nos sobran y que no son nuestros, son de ellos y a ellos hay que dárselos.

11.- Jesús clavado en la cruz

El patíbulo de la cruz es el trono de gloria de Jesucristo rey. En la cruz está la salvación, el misterio insondable de la redención, de la liberación de todas las esclavitudes y de todas las cadenas. La humanidad debe vivir con los ojos clavados en la cruz de Cristo. ¡Salve, oh cruz, esperanza única!. Un cristiano está crucificado con Cristo. Para él no hay gloria mayor que vivir y morir con las manos clavadas a dos palos en cruz, asociando sus sufrimientos a los de Cristo, en expiación por sus propios pecados y por los del mundo entero. Para los judíos, la cruz era un escándalo, para los paganos una locura, para el mundo puede parecer una estulticia. Pero para el cristiano, para el hombre de fe, la cruz es la sabiduría suprema, el poder más grande.

12.- Jesús muere en la cruz

Jesús muere y con él hemos muerto nosotros al pecado. El muere para darnos la vida. La vida a través de la muerte. Por eso, el día de la muerte vale más que el día del nacimiento, porque la muerte es la liberación de las ruindades y miserias en que nos debatimos los seres humanos, es entrar en la paz definitiva. Jesús inclinó su cabeza y nos entregó su espíritu, el espíritu de la verdad y del amor. El espíritu de la verdad nos hace libres, nos da las libertades absolutas para denunciar las injusticias que sufren los pobres, los más débiles, machacados por la fuerza inmisericorde de los poderosos y de los explotadores. El espíritu del amor, de la caridad fraterna, nos hace esclavos de todos, de manera especial de los que no cuentan nada, los apartados, los extrañados de la vida pública, los muertos sociales,

13.- Jesús muerto en brazos de su madre

La imagen de la madre de Cristo, muerto en su regazo, es la estampa más conmovedora que pueden contemplar ojos humanos, la estampa sublime de "La Piedad". La Virgen aceptó el sacrificio de su hijo en el más profundo centro de su alma. La aceptó en silencio, el silencio más impresionante de la historia humana, sin proferir una palabra de dolor o de condena, sin rasgar el silencio de la muerte con un gemido lacerante o un lamento desgarrador de una pobre viuda, a quien la cruel y estúpida violencia de la agresividad humana le acaba de arrebatar a su hijo, a su hijo único. Ella siempre callada y siempre diciendo "sí" a los inescrutables designios del Señor, hasta en estos momentos del dolor supremo. Sus silencios son sus mejores enseñanzas, son silencios que

gritan. El sufrimiento de las madres de tantos jóvenes medio muertos, a los que la sociedad trata de manera cruel, reproducen los sufrimientos de la Madre de Jesús.

14.- Jesús es sepultado

“Si el grano de trigo es enterrado y muere da mucho fruto”. Jesucristo fue crucificado, muerto y sepultado. Por medio de su muerte nos ofrece el fruto más preciado, la reconciliación de unos con otros y de todos con Dios. Mediante el bautismo hemos sido sepultados con Cristo en su muerte para resurgir a una vida nueva. Hemos sepultado el odio y la mentira, la perversidad y la violencia, la iniquidad y la opresión, la maldad y el crimen, el egoísmo y la avaricia, el orgullo y la arrogancia. Y hemos resurgido al amor, a la misericordia y al perdón, a la justicia y a la paz. Nos hemos comprometido a construir un mundo nuevo, donde todo es de todos, en igualdad de derechos y deberes, donde todos los seres humanos gozan de la misma dignidad y disfrutan, por igual, de todos los bienes, la gran familia humana donde nos sentimos hijos del mismo Padre y nos queremos unos a otros como hermanos que somos.